

HOMENAJE

“Veo allá lejos una ciudad, ¿es a la que te refieres?”. A cincuenta años de la primera edición de *La ciudad* de Mario Levrero

GONZALO LEITÓN

Setiembre de 1969

“Era un lugar oscuro y frío. Mis ojos buscaron alguna referencia y se volvieron a cerrar...”. Con estas palabras, Mario Levrero iniciaba una nueva jornada de escritura. Durante la tarde y la noche del jueves 11 y la madrugada del viernes 12 de setiembre de 1969, en su viejo apartamento de la calle Soriano de Montevideo, Levrero permaneció sentado en estado de trance frente a la Olivetti L32 y compuso una novela corta a la que tituló *El lugar*.

La idea central de la novela y su primer registro escrito habían surgido en julio, dos meses atrás, mientras se alojaba en casa de los Gandolfo, una familia amiga de la ciudad de Rosario, Santa Fe. En aquel texto, de pocas páginas y aún en proceso, se daba a conocer el manuscrito de un ignoto señor J., en donde el protagonista narra las experiencias vividas luego de despertar en un lugar desconocido y laberíntico.

Durante aquella febril jornada del 11 y 12 de setiembre, Levrero reformuló completamente este texto y lo extendió a más de cincuenta carillas. Luego de una



labor tan extenuante, y después de hacer la diaria recorrida por la casa para controlar que todo estuviera en orden, quizás se tumbó en la cama con un cigarrillo esperando que el nuevo día le permitiera descansar y disfrutar del trabajo realizado. Sin embargo, la mañana le depararía trascendentes novedades.

Ese viernes –como todos los viernes desde hacía treinta años– apareció en los kioscos un nuevo número de *Marcha*, el prestigioso semanario montevideano fundado y dirigido por Carlos Quijano. En sus páginas, entre la transcripción de un discurso de Zelmar Michelini en el Senado, una investigación sobre el imperio económico de los Rockefeller en América Latina, y un informe que daba cuenta de la reunión entre el canciller uruguayo Venancio Flores y el dictador argentino Juan Carlos Onganía, apareció un pequeño recuadro titulado “Los concursos de *Marcha*. Nuevos fallos”. Allí se comunicaba:

En nuestro número anterior dimos a conocer los primeros resultados del concurso que MARCHA convocara en ocasión de conmemorar sus 30 años. [...] Hoy damos dos fallos más. Muy gratamente debemos felicitar a los nuevos ganadores, pues esta vez se trata de la categoría Novela I (menores de treinta años) en la cual el jurado determinó otorgar un primer premio de cincuenta mil pesos y publicación, y aconsejar la publicación de una segunda obra en virtud de sus méritos innegables (*Marcha*, 1969a: 8).

El tribunal encargado de juzgar los trabajos recibidos estuvo compuesto por tres reconocidos profesores y críticos literarios: Alberto Paganini, Jorge Ruffinelli y Ángel Rama. Por unanimidad, otorgaron el primer premio a la obra *El libro de mis primos*, presentada bajo el seudónimo “Hacha”, y el segundo, “en atención a su equilibrada composición y su búsqueda de un mundo narrativo” (1969), a *La ciudad*, presentada bajo el seudónimo “Linus”. Abiertos los sobres correspondientes, los autores resultaron ser Cristina Peri Rossi y Mario Levrero.

De este modo, a pocas horas de haber terminado *El lugar*, su segunda novela, Mario Levrero descubrió que *La ciudad*, su primera novela, escrita durante diez días de junio de 1966 y revisada y corregida durante tres años, había sido premiada y sería publicada por Biblioteca de Marcha, el sello editorial del semanario.

Junio de 1966

La vida de Jorge Varlotta hasta ese momento había sido la de un niño de carácter contemplativo criado en el barrio Peñarol, la de un adolescente aficionado al tango y a la lectura de cómics y novelas policiales, la de un joven librero entusiasmado con la Revolución Cubana pero rápidamente desencantado de cualquier tipo de organización política, y la de un hombre recién separado de su primera esposa. En aquella época los divorcios no eran bien recibidos por las familias: tenían un trasfondo dramático difícil de asimilar. Varlotta, en crisis, se fue entonces a Piriápolis, sin ningún propósito definido, a hacer una “terapia”.

Jorge Varlotta (JV): Todo era muy evidente, menos para mí, hasta el año 66 en que cumplí veintiséis años. Después de una crisis personal muy profunda me fui a un balneario llamado Piriápolis en pleno invierno. Abandoné la librería de usados que tenía en Montevideo y me desligué completamente de lo que había sido mi vida hasta ese momento (Domínguez, 1988: 46).

En el balneario, ocupó una casa que sus padres alquilaban durante todo el año, pero que utilizaban solo en verano. Era una casa humilde, con techo de zinc y comodidades mínimas; allí vivió una experiencia de escasez y soledad que fue muy importante para él:

JV: Pero, apenas bajé del ómnibus, había tenido la suerte de encontrarme con mi amigo el Tola Invernizzi; me vio seguramente muy mala cara y en seguida me invitó a cenar esa noche en su casa. Las invitaciones se fueron renovando puntualmente, y yo iba casi a diario a pasar unas horas en ese clima de calidez de la familia Invernizzi, algo que necesitaba mucho en aquel momento. A los pocos días de esa inactividad empezó a emerger un interés vital, y mi comunicación con el mundo, bastante cortada por la depresión, comenzó a darse a través de la fotografía. Después me interesé por una máquina de escribir que había en la oficina del Tola frente a la rambla, y cuando nadie la utilizaba yo aprovechaba y escribía algún poema o algún texto corto (Henry, 1992: 24).

José Luis “Tola” Invernizzi era un artista plástico, veintidós años mayor que Varlotta, y una especie de patriarca en el balneario, un hombre tan alto como los cerros piriapolenses, al que cualquier vecino acudía con cualquier clase de pedido.

JV: También gracias a la familia Invernizzi y a su nutrida biblioteca me familiaricé con Kafka. Cuando me encontré con *América y El castillo* me vino una tremenda necesidad de escribir como Kafka. Un día hice un texto corto, en primera persona, acerca de un hombre que llegaba a su casa y empezaba a ordenar las cosas; sin duda ese hombre era yo, que quería ordenar mi vida. Le mostré el texto al Tola y me dijo: “Está bien. Seguí”. Me sorprendió que me dijera “seguí”, porque yo pensaba que estaba terminado, pero la idea me quedó dando vueltas y miré para adentro y vi que efectivamente eso tenía una continuación, y seguí escribiendo mis páginas, que noche a noche sometía a la aprobación del Tola, y al final quedó terminada *La ciudad*, mi primera novela (Henry, 1992: 24).

Julio a diciembre de 1966

El 1 de julio de 1966 Jorge Varlotta ponía punto final a la primera versión de *La ciudad* y nacía como escritor: Mario Levrero y la literatura fueron un subproducto de aquella “terapia” que había ido a hacer a Piriápolis. Gracias a su afición por la fotografía, a los pocos días de haber llegado al balneario conoció a María Lina Mondello. Mariucha, como la llamaban todos, era la mayor de los seis hijos de Mónica Techera y José Vicente Mondello, más conocido como Pepe Mondello, un fotógrafo siciliano que había llegado al Uruguay con su cámara adentro de una valijita y ahora era el orgulloso propietario de Foto Pepe, la principal casa fotográfica de Piriápolis. Mariucha recuerda de este modo los primeros encuentros con el tal Varlotta:

Nos conocimos en la casa de fotografía de mi padre; yo atendía el local, y él venía a revelar las fotos que sacaba. Lo mandó Milka Alperovich, la esposa del Tola. Lo mandó con la intención de que nos conociéramos. Sus fotos eran

preciosas, surrealistas. Él venía y me decía: “Son las siete, ¿no cierra?”. Estaba acostumbrado a los horarios de Montevideo. Yo le decía que no, que yo era la dueña y cerraba y abría cuando quería. Al otro día volvía a las siete menos cuatro minutos y me decía: “Son casi las siete, ¿no cierra?” (Mondello: 2018).

Cuando terminó de escribir *La ciudad*, Varlotta fue con el manuscrito a la casa del Tola. Mariucha lo acompañó. El Tola le había hecho reescribir el final continuamente, y Jorge creía que ahora sí había llegado al único que le resultaba verdadero. Los Invernizzi, y un amigo que estaba de visita en ese momento, el titiritero Policho Sosa, decidieron que había que leer varios pasajes de la novela, y en voz alta. Mariucha recuerda que Jorge estuvo todo el tiempo tapándose la cara con un almohadón. Al terminar la lectura cayó el veredicto del Tola: “Ahora sos un escritor. ¡Jodete!”.

Mientras tanto, a menos de cien kilómetros del cerraje piriapolense, en la letrada ciudad de Montevideo, el crítico Ángel Rama publicaba en *Marcha* un ensayo titulado “Raros y malditos en la literatura uruguaya”. El ensayo funcionaba a la vez como adelanto promocional y como prólogo a la antología *Cien años de raros*, publicada por el sello Arca pocos días antes. Rama tomaba la categoría rubendariana de escritores “raros”, y reunía quince textos de quince autores uruguayos (desde el conde de Lautréamont hasta Tomás de Mattos)¹ en los que veía un intento por desprenderse “de las leyes de la causalidad”, de “enriquecerse con ingredientes insólitos emparentados con las formas oníricas” y de operar “con provocativa libertad”; textos que no irían por un cauce fantástico sino por el de la “literatura imaginativa” (confuso concepto), vinculada con “la más reciente y equívoca definición de literatura diferente” (Rama, 1966: 30-31).

Mayo de 1969

Desde aquel invierno de 1966 en que escribió *La ciudad*, Jorge Varlotta había sido abducido por un *daimon* creador. Para mayo de 1969 tenía escritos diecinueve

¹ Levrero recién empezaba a escribir y no tenía obra publicada: era imposible que Rama pudiera incluirlo en la antología.

cuentos (seis de ellos publicados)², además de decenas de poemas, cuadernos de dibujos, historietas y pinturas. Entre tanto, nace su hija Carla, se separa de Mariucha, y traslada su librería a Piriápolis para que la atendiera Nilda, su madre, radicada definitivamente en el balneario junto a Mario, su esposo.

Mayo de 1969 fue un mes importante. El lunes 12 apareció el primer número de *Misia Dura*, una revista que unía brillantemente humor y denuncia política. Jorge Varlotta figuraba en el *staff*. Desde el inicio, se encargó de la redacción de las “Cartas de los lectores”, y dio vida a dos heterónimos: Tía Encarnación y Lavalleja Bartleby. Además, el último día del mes vencía el plazo para presentar las novelas al concurso de *Marcha*. El Tola había convencido a Varlotta de que tenía que presentarse con *La ciudad*. Luego de releerla y corregirla por trigésima vez, sintió que no podía enviarla sin que antes el Tola la leyera una vez más:

JV: Así que viajé a Piriápolis con la carpeta bajo el brazo. Cuando bajé del coche de Onda, vi una hermosa puesta de sol. Me detuve a contemplarla: el sol muy rojo sobre el horizonte. Después crucé a la oficina del Tola. Él me dijo que volviera después de las nueve para estar tranquilos. Entonces me fui a lo de mi madre. Cuando se hicieron las nueve, me di cuenta de que la carpeta ya no estaba: la había perdido. ¿Dónde? Deshice mentalmente mi camino. Volví a la oficina: allí no estaba. Recordé aquella puesta de sol que me había cautivado y crucé a la rambla. Ya estaba oscuro. Sobre el muro no había nada. Si la había dejado en ese lugar, alguien se la habría llevado. Desilusionado, observé la arena de un blanco fantasmal entre las sombras, y me pareció ver hojas blancas volando en todas direcciones. Había mucho viento. Allá va mi novela, pensé. Pero aun hice una postrera tentativa. Cada tantos metros habían colocado unos tachos de basura, nuevos, rojos, grandes. Destapé uno y lo revolví,

² El grupo que formaba *Los huevos del plata* fue el más innovador y renovador de los años sesenta, un grupo que unía revolución política con revolución artística. A pesar de esto, nunca fue tenido en cuenta en las páginas literarias de *Marcha* (apenas obtuvieron una breve mención en abril de 1969 a causa de la aparición del n.º 13 de la revista). Los seis cuentos que Leverero tenía publicados eran: “Historia sin retorno n.º 2” y “Ese líquido verde”, publicados en *Señal*; “La casa abandonada” y “Gelatina”, en *Los huevos del plata*; y “La máquina de pensar en Gladys (positivo y negativo)”, en *El lagrimal trifurca*.

allí no estaba. Fue en el segundo que la encontré, sepultada entre yerba, cáscaras de banana y algunas hormigas caminándole por encima. Era mi carpeta y *La ciudad* estaba adentro. Solo le faltaban algunas hojas en blanco. Tal vez las que yo vi planear como gaviotas por la playa (Corbellini, 1995: 17).

Octubre a diciembre de 1969

Luego de obtener el primer premio en el concurso de *Marcha*, la publicación de *El libro de mis primos* de Cristina Peri Rossi fue inmediata: a mediados de noviembre un tiraje de 3.000 ejemplares estaba en librerías.

A pesar de su juventud (veintiocho años), Peri Rossi ya contaba con una trayectoria en el mundo de las letras uruguayas. Había publicado dos libros de relatos: *Viviendo*, en 1963, por la editorial Alfa, y *Los museos abandonados*, en 1969, obra con la que obtuvo el Premio de los Jóvenes 1968 organizado por Arca, y otorgado por un jurado del que también había formado parte Jorge Ruffinelli (aquella vez junto a Eduardo Galeano y Jorge Onetti –el hijo de Juan Carlos–). Además, era colaboradora del diario *El Popular* (órgano del Partido Comunista), desde donde hacía crítica bibliográfica y publicaba sus propios cuentos. Con estos antecedentes, y con *El libro de mis primos* premiado, Peri Rossi entró a formar parte de la redacción de *Marcha*.

Mucho se ha comentado sobre la “discreta marginación” de la que Mario Levrero habría sido víctima por parte de la *intelligentsia* de *Marcha*. Sin embargo, en aquel momento (otra sería su interpretación más adelante), Varlotta no percibió nada extraño en el desarrollo y en los resultados del concurso. En una carta que le envió el 1 de octubre al poeta rosarino Rubén Sevlever reconocía que:

En cuanto al “affaire *Marcha*” [...] no hay en realidad más información que la suministrada; ayer, justamente estuve hablando con uno de los jurados [Jorge Ruffinelli], que parece ser encargado de las ediciones, y me aseguró que se editará pronto, posiblemente antes de fin de año, o enero del 70. Yo mismo no tenía idea clara de la importancia del asunto, hasta que empezaron a llover felicitaciones de la gente conocida, e incluso viejos amigos, que desde años atrás me tienen por loco, empezaron a considerarme de otra manera. El concurso fue

serio y limpio; en *Marcha* recién ayer me conocieron personalmente. La ganadora del premio, Cristina Peri Rossi, ha venido ganando todos los premios desde hace un tiempo; es colaboradora del diario *El Popular*³ (Varlotta: 1969).

Si es que cabe, esa “discreta marginación” pudo haber tenido lugar luego del concurso, una vez que Levrero y Ruffinelli se conocieron personalmente. Así recordaba el crítico –por entonces director de la sección literaria de *Marcha* y encargado de las publicaciones⁴– aquellos primeros encuentros con el escritor:

En esa época recuerdo que Levrero fue a verme a *Marcha* varias veces [...] No se acercaba a la redacción, sino a los talleres, en la calle 33 [sic]⁵, donde los jueves formateábamos el semanario, para su salida cada viernes. Levrero me esperaba en la puerta de los talleres, en total mutismo. Los obreros, que ya advertían la singular presencia hierática, me decían: “Allí está”. Lo encontraba e íbamos a un café cercano. Sería exagerado decir “para conversar”, porque esas reuniones consistían en que Mario me daba uno de sus inéditos para que yo lo leyera y publicara. No era hombre de conversación. Publiqué todo lo que me entregó, aunque años más tarde la memoria le jugaría una mala pasada (Ruffinelli, 2014: 85).

La memoria también pudo haberle jugado una mala pasada al crítico, a no ser

³ Carta enviada a Rubén Sevlever el 1 de octubre de 1969. Agradezco al escritor e investigador argentino Osvaldo Aguirre por haberme facilitado este documento.

⁴ Ruffinelli había tenido una carrera profesional meteórica: con solo 26 años había publicado artículos en el periódico *Hechos* y en la revista *Temas*, había comenzado a colaborar en *Marcha* con reseñas de libros desde setiembre de 1966, había sido alumno de Ángel Rama en la Facultad de Humanidades, y luego colaborador suyo en el Departamento de Literatura Hispanoamericana, había trabajado en la editorial Arca; desde inicios de 1968 fue el director de la sección literaria de *Marcha*, y desde 1969 fue el encargado de llevar adelante la Biblioteca de *Marcha*, el brazo editorial del semanario.

⁵ En realidad los talleres estaban ubicados en la calle Piedras 522. La confusión de Ruffinelli tal vez provenga del nombre de los talleres: Talleres Gráficos 33. La redacción del semanario quedaba en Rincón 577. El artículo de Ruffinelli, de donde tomo esta cita, está plagado de errores, equívocos y desmemorias, por lo tanto su uso requiere de gran cuidado.

que Levrero solamente le hubiera entregado “El crucificado”, porque este cuento es lo único que *Marcha* le publicó en ese período (para ese entonces el escritor uruguayo tenía escritos veintiún cuentos, dos novelas, y decenas de artículos humorísticos)⁶. De todos modos, tampoco sería justo ser demasiado severos con Ruffinelli: difícilmente podía convertir a *Marcha* en una antología levreriana.

Lo que sí es preciso señalar es que los textos de Levrero y el propio autor, como debió haber entrevisto Ruffinelli en los encuentros que mantuvieron, no entraban en la concepción que *Marcha* tenía de lo que debía ser la literatura y de cómo debía enfrentarse a ella el escritor: con imperativos políticos claros, con la obligación de asumir responsabilidades ante una sociedad que se transformaba continuamente, con la necesidad de definir el sentido y el objeto de su obra. Todas características que sí poseía Cristina Peri Rossi.

De cualquier modo, el crítico publicó “El crucificado” (en página compartida con “Indicios pánicos”, un relato de Peri Rossi), prometió la publicación de *La ciudad* en libro y dedicó palabras elogiosas a los “extraños cuentos” de Levrero:

De inspiración kafkiana sus relatos denotan una habilidad y precisión estilística muy agudas en la captación de los matices de una realidad y de unos personajes caracterizados por sobrevivir a sus propias miserias y estar siempre acosados por una inhospitalaria atmósfera. Como ejemplos de una nueva literatura que ha venido, clamorosa o calladamente, gestándose en estos años, ambos autores se perfilan de modo original (Ruffinelli, 1969: 28).

La publicación de “El crucificado”, un 30 de diciembre, le sirvió a Jorge Varlotta como un orgulloso regalo de fin de año para sus padres, a quienes dedicó el cuento: “A Nilda y Mario”. No solo cerraba así el año, sino también la década; una década fundamental, a la que resume de este modo:

⁶ “El crucificado” fue escrito en Piriápolis el 26 de octubre de ese año. *Marcha* publicó solamente dos textos de Levrero: “El crucificado”, en diciembre de 1969 (n° 1476), y “Gardel en París”, en abril de 1973 (n° 1639), un extracto de la novela *París*, escrita en octubre de 1970. En abril de 1987 apareció el relato “La casa de pensión” en la tercera época de los *Cuadernos de Marcha*.

Allí descubro los submundos del pecado y la literatura, la sagrada marginación, mis amistades que (luego lo sabré) son homosexuales más o menos disfrazados; las lesbianas inteligentes, los payasos y los monos sabios – toda la estela del dolor de la humanidad, toda la cachetada soberbia a un Dios absurdo: conozco al Conde de Lautréamont y a Franz Kafka, guiado por los hilos absurdos de Lewis Carroll, el enamorado de las niñas. Recién en 1978 se conoce un retrato de Isidore Ducasse; pero yo ya sabía que la mitad de su cara era de niña, y la otra mitad de diablo. Todo mi dolor se hace literatura. Aprendo ciencia con Alfred Jarry, el patafísico de Ubu Rey, quien en su literatura ya había perfilado toda la parapsicología. Y mi inconsciente liberado, el que nunca había podido respirar, me pasea por ese mundo de certezas telepáticas, levitaciones y terrores nocturnos: conozco la muerte, entreveo un mundo que no me gusta nada. Pero ¿cómo se para todo eso?, ¿cómo se consigue que un espejo me devuelva una imagen coherente en vez de monstruos?, ¿cómo se llega a la superficie? (Varlotta: 1979).

Pero quedaba aún un último encuentro trascendental. Antes de terminar la década conocería a un inmigrante gallego de veintidós años, fanático de la ciencia ficción, que mucho incidiría en su futuro literario.

Enero a marzo de 1970

Jorge Varlotta se tumba bajo el sol estival entre los cerros de Piriápolis, pero no está tranquilo: la publicación de *La ciudad*, prometida por Ruffinelli, se demora. Mientras tanto continúa produciendo sus columnas humorísticas semanales para *Misia Dura* y escribe dos nuevos cuentos: “Las sombrillas” y “Capítulo XXX”.

Cuando llega el otoño, la incertidumbre da paso a la certeza: en el número de *Marcha* del 20 de marzo aparece una nota sobre el plan editorial para 1970:

El éxito alcanzado en tan poco tiempo por Biblioteca de Marcha rebasa los cálculos más optimistas. Hemos vendido doce mil ejemplares de nuestros títulos en seis meses. En ese lapso editamos seis libros, de los cuales tres se agotaron. [...] Somos los primeros sorprendidos por la magnitud de semejante re-

cepción. [...] Hoy queremos adelantar, a grandes líneas, nuestro plan editorial para el año 1970 (*Marcha*, 1970a: 17).

A continuación se anuncia una gran cantidad de títulos: una *Antología de Marcha*, un libro con material inédito de Rubén Darío, una autobiografía de León Trotsky, trabajos ensayísticos y de compendio documental sobre personajes latinoamericanos como Hipólito Yrigoyen, Augusto César Sandino y José Enrique Rodó, entre otros, además de una nueva colección llamada Testimonios y una segunda edición del primer libro publicado por la editorial, *Carta a una profesora*. Todo esto, y ni rastros de Levrero: *La ciudad* ha sido borrada del mapa.

¿Por qué se canceló la publicación? El motivo, como se desprende del anuncio transcrito, no parece haber sido económico. ¿Resultó negativo el encuentro personal entre Ruffinelli y Levrero? Al parecer, sí, pero ¿esto alcanzó para eliminar a *La ciudad* del catálogo? En el plan editorial de *Marcha* para 1970 no aparece ni una sola obra de narrativa (todo sería ensayo, historia, política o poesía), a pesar de que, tanto personalmente como desde las páginas del semanario, Ruffinelli y *Marcha* habían prometido la publicación del libro.

Marcha dejó ir a *La ciudad*. Pero Levrero estaba dispuesto a publicar su novela, y aquel encuentro de fines del año anterior con Marcial Souto –el joven fanático de la ciencia ficción– iba a dar sus frutos.

Marcial Souto: 1947 a 1970

Marcial Souto había nacido en 1947 en una aldea de pocas casas perdida entre los bosques y los montes de Galicia. Cuando tenía cinco años, sus padres emigraron a Montevideo y él se quedó con sus abuelos maternos. En 1961 cruzó el Atlántico en barco para reunirse con sus padres después de nueve años. El contraste entre la ciudad de cielo y edificios grises con la aldea rural gallega fue tremendo. Pero con la ciudad vendrían los libros y se puso a leer de forma omnívora y, entre otras cosas, descubrió la ciencia ficción. En 1968 ganó un premio en el instituto de inglés donde estudiaba; consistía en un viaje a Estados Unidos. Lo hizo coincidir

con una convención mundial de ciencia ficción que se desarrollaba en Oakland⁷. Al segundo día apareció Ray Bradbury y se conocieron. Marcial pasó veinte días en la casa de un amigo íntimo de Bradbury –Forrest “Forry” Ackerman, el mayor coleccionista de cine de terror de Estados Unidos– adonde el célebre escritor iba todas las tardes en bicicleta a conversar, tomar té y ver películas. En marzo de 1969, Marcial volvió a viajar:

Hubo un congreso absolutamente loco en Río de Janeiro en 1969; invitaron a escritores, directores de cine, todos relacionados con la ciencia ficción. Yo había estado el año anterior en Estados Unidos. [...] Allí conocí a muchos escritores. Cuando se hizo ese congreso en Río al año siguiente, algunos amigos le escribieron a la organización para que me invitaran. [...] Entonces, el día en que cumplí 22 años, me encontré en un pasillo del hotel con Brian Aldiss; lo reconocí y me puse a hablar con él. Me invitó a desayunar y me dijo: “Está Jimmy Ballard también”. Acababan de llegar esa mañana. Y desde entonces fuimos amigos (Silva Olazábal: 2014).

Las conexiones y las vivencias que Marcial tenía, con solo veintidós años, eran asombrosas. Al mismo tiempo, se había puesto en contacto con gente del ambiente editorial catalán y bonaerense y comenzaba a publicar artículos en la revista de ciencia ficción y fantasía *Nueva Dimensión*, editada en Barcelona, y a traducir el libro de cuentos *El hombre imposible*, de J. G. Ballard, para la editorial porteña Minotauro, dirigida por Francisco Porrúa.

En Montevideo, el dibujante y humorista Francisco “Pancho” Graells⁸ lo puso en contacto con una nueva casa editora, Tierra Nueva, que estaba en busca de alguien que dirigiera una colección de ciencia ficción pensada para captar lectores jóvenes.

⁷ Se trataba de la *26th World Science Fiction Convention*, llevada a cabo en Oakland, California, entre el 29 de agosto y el 2 de setiembre de 1968.

⁸ Graells publicaba sus trabajos en *Misia Dura* y *Marcha*.

El nombre y el logo de Tierra Nueva –un pequeño bote con una cruz como mástil que navega sobre dos olas– dan una buena idea sobre la filiación del sello. Fue creado a fines de 1969 como brazo editorial de la ISAL (Iglesia y Sociedad en América Latina), una agrupación político-religiosa vinculada a la Iglesia metodista, muy comprometida socialmente en una América Latina movilizada por la Revolución Cubana. El director de Tierra Nueva era Julio Barreiro, un abogado y docente vinculado con la intelectualidad de *Marcha* y convencido de la importancia de la educación y la pedagogía como herramientas para la justicia social. Desde 1967 mantenía correspondencia con el pedagogo brasileño Paulo Freire, y así obtuvo la autorización para publicar en exclusividad su obra en idioma castellano. El primer título publicado por Tierra Nueva fue *La educación como práctica de la libertad* (1969). La editorial se apoyó en una red de sellos y librerías protestantes de más de diez países latinoamericanos para distribuir la novedad pedagógica. La obra de Freire se convirtió rápidamente en un éxito comercial, no solo en los circuitos ecuménicos, sino también en los seculares (Brugaletta: 2019).

Por mediación de Pancho Graells, Marcial se entrevistó con Barreiro y acordaron crear una nueva colección que se llamaría Literatura Diferente. Iba a poder darse el gusto de publicar a sus autores favoritos. Gracias a sus contactos internacionales obtuvo los derechos de cuentos de escritores como Damon Knight, Dean Koontz, Robert Sheckley y R. A. Lafferty, entre otros. Pocos días después de la entrevista con Barreiro, el mismo Graells le presentaría a un escritor montevideano:

Después de una primera conversación con el editor, Pancho me presentó a un tal Jorge Varlotta, que acababa de ser finalista de un premio de novela organizado por su semanario. Varlotta traía bajo el brazo el manuscrito de la novela, firmado por Mario Levrero, y al dármele me explicó que como la persona que escribía esas cosas era muy diferente de la que andaba por la ciudad aparentando normalidad, usaba para los textos de ficción el segundo nombre y el segundo apellido, casi un seudónimo. Esa noche leí *La ciudad*, en que una situación cotidiana, engañosamente trivial, esconde infinitas capas de misterio y tensión, y tomé la decisión de publicar como fuera ese libro único. Al día siguiente Jorge Varlotta me dio el manuscrito de *La máquina de pensar en Gladys*, suma de los cuentos que había escrito después de 1966, fecha de crea-

ción de *La ciudad*. Ese era mi primer proyecto profesional con un editor y creía haber encontrado algo muy especial. A partir de ese momento todo el esfuerzo estuvo dirigido a convencer a la editorial de que esos textos eran más atractivos que los que ellos querían editar, y además era literatura uruguaya (Souto: 2010).

Octubre a diciembre de 1970

La nueva década no comenzó bien para Varlotta. En el verano de 1970 confirmó la sospecha de que *Marcha* no publicaría *La ciudad*, pero en agosto recibiría un golpe mucho más terrible y definitivo: su padre, Mario Varlotta, muere súbitamente con solo sesenta y un años.

Mientras esperaba que Marcial lo contactara para firmar contrato con Tierra Nueva y publicar, al fin, *La ciudad*, Varlotta encontró refugio en Levrero: entre el 4 y el 18 de octubre escribió una nueva novela: *París* que fue compuesta entre dos ciudades, Montevideo y Piriápolis, y con dos máquinas de escribir, su propia Olivetti L32 y otra casi igual –aunque con un tipo de letra más pequeño y elegante–, una Olivetti L32 *Elite*, que había heredado tras la muerte de su padre. Este no es un detalle superfluo: Varlotta siempre sintió que, tanto en sus sueños como en su literatura, la ciudad de París simbolizaba la búsqueda del padre⁹.

El 22 de octubre, cuatro días después de concluir *París*, Varlotta firmó el contrato editorial por *La ciudad*. Del documento se desprende que Tierra Nueva quedaba autorizada a reproducir, publicar y vender tres mil ejemplares de la obra, que el autor percibiría un 8% sobre el precio de venta al público (\$ 340) de cada ejemplar vendido, y que recibía en el acto, como adelanto por derechos de autor, la suma de \$ 50000 (unos 1838 libras)¹⁰.

⁹ Mario Varlotta fue empleado de comercio y trabajó durante décadas en la célebre tienda montevideana London-París.

¹⁰ Junto con este adelanto, importante para el autor, y seguramente obtenido gracias a la gestión de Marcial Souto, el contrato incluía algunas cláusulas poco beneficiosas, sobre todo en lo concerniente a los derechos que le cabrían a Tierra Nueva en futuras ediciones de la obra y en posibles traducciones a otros idiomas. Estos puntos generarán obstáculos hasta que se firme la rescisión del contrato en enero de 1974. Pero esa es otra historia.

Además del contrato por *La ciudad*, Varlotta firmó una autorización para que “El crucificado” (aquel cuento publicado en *Marcha* en diciembre pasado) se incluyera en el primer título de la colección, *Llegan los dragones* –una antología de cuentos que saldría a inicios de noviembre–:

Tierra Nueva presenta su colección Literatura Diferente. Primer título ya en librerías. *Llegan los dragones*. Cuentos de: Mario Levrero, Robert Sheckley, R. A. Lafferty, Dean R. Koontz. ¿Ciencia ficción? ¿Surrealismo? ¿Realismo fantástico? Atrévase a enfrentar a los blandos dragones que matan con la mirada. Atrévase a enfrentar la inmensidad del espacio... interior (*Marcha*, 1970b: 17).

Tierra Nueva lanzaba así su nueva colección para lectores jóvenes. Además de *Llegan los dragones* y *La ciudad* se anunciaban otros títulos: *¿Tiene usted una cabeza en su casa?* (una antología de cuentos de Brian Aldiss, David Bunch, Damon Knight y Carlos Casacuberta; este último gran amigo de Varlotta); *El habitante*, de José Pedro Díaz (una novelita de fantasmas que se desarrolla en Punta Negra, a siete kilómetros de Piriápolis); y *La máquina de pensar en Gladys*, un libro de cuentos de Mario Levrero.

Marcial apostaba fuerte por la literatura de Levrero (dos libros exclusivos y un cuento en una antología, en un total de cinco volúmenes), y también Tierra Nueva, aunque sin tener muy claro lo que hacía¹¹. *La ciudad* se publicó la misma semana que *Pedagogía del oprimido* y exactamente cien años después de la muerte del conde de Lautréamont.

Tierra Nueva presenta *La ciudad*, de Mario Levrero. Un lugar posible, latente, que va envolviendo y atenazando a quien lo descubre. *La ciudad* es mención del Concurso de Novela de *Marcha* 1969, por “su equilibrada composición y

¹¹ En esos días las preocupaciones de la editorial estaban en otro lugar: en la resistencia contra los abusos policiales (en setiembre Julio Barreiro había sido detenido e interrogado a causa de sus vínculos políticos), en la celebración del Día de la Reforma (el 1 de noviembre se cumplía el 455° aniversario de la reforma protestante), y en la publicación, a mediados de mes, de un libro destinado a ser un éxito continental: la primera edición en castellano de *Pedagogía del oprimido* de Paulo Freire.

su búsqueda de un mundo narrativo” (Ángel Rama, Alberto Paganini, Jorge Ruffinelli). Ya está en librerías este nuevo título de nuestra colección Literatura Diferente (*Marcha*, 1970c: 3).

Quien se encontrara con la portada de *La ciudad* en librerías, se enfrentaría a un hombre mordiéndose las uñas en estado de crispación. El dibujo pertenecía a Domingo “Mingo” Ferreira, también ilustrador de *Marcha* y *Misia Dura*:

Marcial Souto fue quien me pidió que realizara la ilustración de la tapa de *La ciudad*. Me dio una copia de la novela y una fotografía de Mario. Lo que hice fue un retrato a partir de esa fotografía y de la lectura. Traté de interpretar visualmente el clima de la novela y de su personaje, pero al mismo tiempo manteniendo una identificación con el autor; aunque no quedara muy clara esta identificación, porque en ese entonces a Mario no lo conocía casi nadie. Hubo una discusión con el editor porque él quería un retrato más naturalista, una ilustración que se pareciera mucho más a Levrero. Marcial lo convenció de que la ilustración tenía que ser la que finalmente salió (Ferreira: 2019).

En diciembre aparecieron en la prensa montevideana dos críticas sobre el libro (las únicas dos que tendría¹²), una negativa y otra positiva. La primera fue escrita por Danubio Torres Fierro para el periódico *Ya* y llevó por título “Un mundo clausurado”. Torres Fierro apuntaba que a la obra le faltaba el “espesor y densidad” que permitiera la identificación con el protagonista en un plano humano y metafísico:

Y sin embargo la primera parte de la novela apuntaba hacia ese lado, porque allí Levrero va construyendo un mundo distorsionado y absurdo (con una técnica que tiene mucha semejanza a la de Lewis Carroll) y que pudo arrojar excelentes resultados de no haberse contentado con la acumulación y el acopio, la insistencia en resortes siempre idénticos que hacen que el asunto no prospere ni crezca. Quizás si el autor hubiera ceñido más la peripecia hacién-

¹² En marzo de 1971 se publicará una tercera crítica, pero en el diario *La Tribuna*, de Rosario, Santa Fe, y en abril, una cuarta, en *Siete Días Ilustrados*, de Buenos Aires.

dola ganar en concentración e identidad, la novela se hubiera visto considerablemente beneficiada. Así como está, la hojarasca y lo prescindible terminan por sofocarla y le restan interés y eficacia (Torres Fierro, 1970: 12).

La segunda crítica apareció en *Marcha* el 24 de diciembre con el título “Coloniando la niebla”, y traía la firma de –justamente– Jorge Ruffinelli. El crítico celebraba la originalidad que radicaba en el “despojamiento de las causalidades lógicas” y el “dominio definitivo del arte de contar”. Finalizaba diciendo que *La ciudad* era “un libro de por sí excelente, sin duda uno de los mejores que se hayan publicado este año” (Ruffinelli, 1970: 30). Resulta entonces aún más extraño el hecho de que no lo haya publicado él mismo.

Luego de estas críticas *La ciudad* cayó en el olvido. Eran tiempos de palpitante actualidad, y el público lector formado para este tipo de literatura era muy acotado. Tierra Nueva no distribuyó ni publicitó bien el libro; no aparecieron entrevistas al autor o al curador de la colección en ningún medio, ni se aprovecharon los canales de difusión que tenían montados en toda Latinoamérica. Durante una pequeña reunión de fin de año de la editorial, mientras celebraban, un pastor se le acercó a Marcial Souto y le dijo: “Así que vos sos el que se divierte haciendo literatura diferente”. “Había captado que aquello era una locura, un desatino total” (Souto: 2017).

Las ventas de *La ciudad* no fueron buenas. Aún peores fueron las de *La máquina de pensar en Gladys*. A fines de 1973, Julio Barreiro, tras el golpe de Estado en Uruguay y haber sido cesado de su cargo docente en la Universidad, se exilió en Buenos Aires. Allí refundó la editorial. Los libros de Levrero llegaron a verse en algunas mesas de saldos de la calle Corrientes. Los ejemplares restantes quedaron en Montevideo –en la librería de la editorial y en los depósitos del distribuidor– y con el tiempo fueron convertidos en “pulpa”, es decir, despedazados por máquinas trituradoras de papel¹³.

¹³ Esto pudo haberse debido a las presiones de la dictadura uruguaya, la cual había prohibido a Tierra Nueva comercializar sus libros en Uruguay. En una carta del 3 de octubre de 1974 a Concepción Zea, de Ediciones Siglo XXI, México, Barreiro decía: “La editorial hemos tenido que liquidarla completamente. Grandes stocks de títulos que todavía nos quedaban hemos tenido que quemarlos, por ‘sugerencia’ de las actuales autoridades. También estuvieron molestando a nuestro amigo Muñoz de [la librería] América Latina, que no podrá vender nada nuestro” (Brugaletta, 2019: 115). Tal vez dentro de estos stocks figuraran varios ejemplares de los libros de Levrero.

La ciudad se reeditó en agosto de 1977 a través de Ediciones Entropía, un sello bonaerense de vida breve creado y dirigido –otra vez– por Marcial Souto. Pero fue recién la tercera edición de la novela (Ediciones de la Banda Oriental: 1983) la que llegó con fuerza a los lectores. En 1999 volvió a editarse por insistencia de Marcial Souto, esta vez en España y a través de Plaza & Janés. Luego de la muerte de Jorge Varlotta, en agosto de 2004, *La ciudad* conoció nuevas reediciones: se destaca la publicación en conjunto con *El lugar* y *París*, dando forma a la “Trilogía involuntaria”, y una edición en 2013 en Costa Rica, por la editorial Lanzallamas.

Un último punto: las traducciones de *La ciudad*. Varlotta siempre buscó publicar la novela en otros idiomas. Ya en 1972 Marcial Souto tenía la idea de traducirla él mismo al inglés, pero las restricciones que marcaba el contrato con Tierra Nueva lo hicieron desistir. En 1974 se firmó la rescisión y Varlotta quedó liberado para mover la obra como quisiera. Ese mismo año su gran amiga (y futura madre de su hijo Nicolás) Perla Domínguez tradujo *La ciudad* al francés. Buscaron publicarla a través del editor belga Bernard Goorden, pero los intentos fracasaron. En 1977 Gregory Woodruff tradujo la novela al inglés y durante el resto de la década intentó colocarla en distintas casas editoras de Estados Unidos (incluida Random House, que la consideró muy favorablemente aunque desistió de editarla), pero la publicación no prosperó¹⁴.

Varlotta no llegó a ver en vida la publicación de la novela en otros idiomas. La primera traducción apareció en 2010 en hebreo (por Carmel Publishing House), y la segunda en danés (por Skjødts Forlag). Finalmente, en noviembre de 2020, en coincidencia con el 50 aniversario de la primera edición de *La ciudad*, apareció *La città*, la traducción que Cinzia Imperio hizo de la novela al italiano (La Nuova Frontiera). *La ciudad* no fue publicada aún en inglés o en francés, dos idiomas que Varlotta dominaba y dos adaptaciones que llegó a supervisar: otra curiosidad más en la historia editorial del escritor.

¹⁴ En 1978 el escritor brasileño André Carneiro publicó un estudio sobre *La ciudad* en el tomo I del *Survey of Science Fiction Literature*, editado por Salem Press. Esta prestigiosa enciclopedia de ciencia ficción hizo que el nombre de Levvero sonara en Estados Unidos y quedara asociado fuertemente a este género.

Referencias bibliográficas

- Brugaletta, Federico (2019). “Tierra Nueva (1969-1985)”. *Protestantismo de izquierda, edición y educación en la historia reciente de América Latina*. Buenos Aires: Universidad Nacional de La Plata.
- Corbellini, Helena (1995). “Alérgico dueño de un secreto”. *Brecha*, p. 17.
- Dolpher, Eduardo (Elvio Gandolfo) (1982). “En busca de Mario Levrero”. *El Péndulo*, 6, pp. 15-16.
- Domínguez, Carlos María (1988). “Y había que escribir o volverse loco” (Entrevista a Mario Levrero). *Crisis*, 60, pp. 45-49.
- Henry, Ricardo (1992). “Con Mario Levrero en Colonia. El precio de la fama no es el silencio”. *El Día Cultural*, p. 24.
- Levrero, Mario (1995). “El libro y los textos”. *La máquina de pensar en Gladys*. Montevideo: Arca.
- Rama, Ángel (1966). “Raros y malditos en la literatura uruguaya”. *Marcha*, 1319, pp. 30-31.
- Rocca, Pablo (1992). *35 años en Marcha (crítica y literatura en Marcha y el Uruguay 1939-1974)*. Montevideo: División Cultura Intendencia Municipal de Montevideo.
- Ruffinelli, Jorge (1969). “El crucificado”. *Marcha*, 1476, p. 28.
- (1970). “Colonizando la niebla”. *Marcha*, 1525, p. 30.
- (2014). “El Levrero que conocí”. *Revista de la Academia Nacional de Letras*, 10, pp. 83-86.
- Marcha* (12 de setiembre de 1969a). 1462, p. 8.
- Marcha* (20 de marzo de 1970a). 1486, p. 17.
- Marcha* (6 de noviembre de 1970b). 1518, p. 17.
- Marcha* (27 de noviembre de 1970c). 1521, p. 3.
- Silva Olazábal. lA mÁqUiNa De PeNsAr. (20/10/2014). “J. G. Ballard, analizando el presente escrutó el futuro - lmdp 20.10.14” [en línea]. <<https://www.youtube.com/watch?v=FQDoIUQs3mU>> [consulta 30 de agosto 2020].
- Souto, Marcial (2010). “Prólogo”. *La máquina de pensar en Gladys*. Montevideo: Irrupciones.
- (2017). “El apóstol de Mario Levrero” [en línea]. *El Taller de Jar II*. <<https://tallerdejar2.blogspot.com/2017/08/el-apostol-de-mario-levrero.html>> [consulta 25 de agosto 2020].
- Torres Fierro, Danubio (1970). “Un mundo clausurado”. *Ya*, p. 12.